

SAN BORONDÓN: LA ISLA DESCUBIERTA, ENTRE EL ENIGMA Y LA UTOPIÍA



ARTE

SABAS MARTÍN

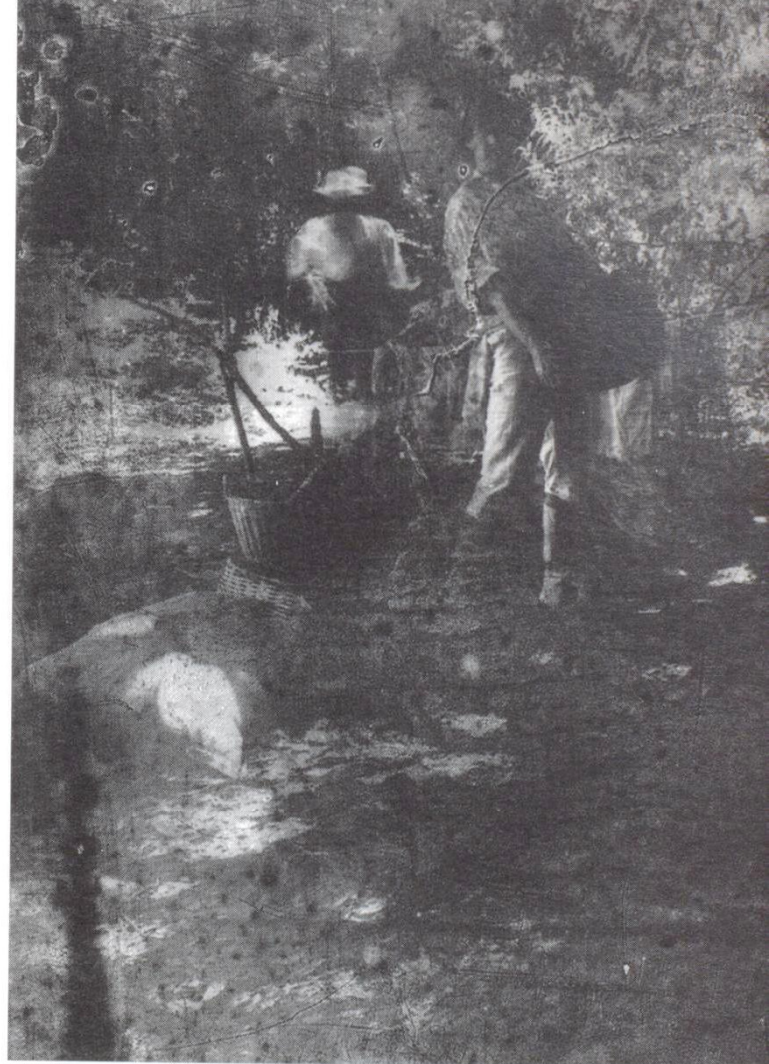


Múltiples han sido las expediciones lanzadas en pos de hallar la Isla de San Borondón, como múltiples son los testimonios de naufragos y navegantes que afirman haberla visto o estado en ella. Múltiples también han sido y siguen siendo las recreaciones artísticas y literarias del mito de esa isla que se desvanece bajo las aguas como una prodigiosa ballena. En esa fecunda estela se sitúa *San Borondón: La isla descubierta*, un proyecto ideado por Tarek Ode y David Olivera presentado primeramente en el Centro de Arte La Recova de la capital tinerfeña desde el 14 de enero hasta el 26 de febrero de 2005. Edward Harvey, un personaje tan misterioso y enigmático como la naturaleza misma de San Borondón, sintió la fascinación de la leyenda de la Isla del Poniente y no descansó hasta alcanzar sus costas. Las crónicas quieren que en 1865 su expedición arribase a

la Isla, hasta entonces esquivada para muchos otros expedicionarios anteriores. Su figura y su legado es el hilo conductor del proyecto artístico de Tarek Ode y David Olivera.

Decir que San Borondón es una isla mágica es adentrarnos en el territorio de los sueños, en la geografía de los visionarios, en el lugar de los elegidos. Ello se deriva, por supuesto, del carácter esquivo, volátil, intangible, quimérico, en suma, de un pedazo de tierra, emergente sobre el Atlántico y bajo sus aguas fugitivo, cuya verdadera naturaleza aún hoy sigue perteneciendo al ámbito de lo misterioso e inexplicable. La Isla de San Borondón, muy especialmente para los canarios, es patrimonio de la utopía.

El enigmático Honorius Solitarius, en un remoto código que bautizó con el título de *Crónica*, advertía ya de lo inaprensible de su condición afirmando que “la Isla Perdida se encuentra por casualidad, nunca cuando se la busca”. Y es que San Borondón forma parte de ese antiguo empeño humano por encontrar el Paraíso, durante mucho tiempo situado en fabulosas islas atlánticas en los confines del mundo conocido. Colón y los Cronistas de Indias, con sus relatos del Nuevo Mundo, se encargaron de avivar la imaginación popular, alentando geografías edénicas en las que germinaron los mitos. Ciertamente, el ser humano siempre ha soñado con tierras a donde la muerte no llegara o lo hiciera muy lenta y tardíamente. Ello se debe a que, a diferencia de las bestias, el hombre es consciente de su finitud,



de su condición vulnerable de criatura herida por el tiempo. De ahí que para encubrir, mitigar e incluso olvidar esa naturaleza originaria de ser mortal, los hombres se hayan empeñado en imaginar territorios intactos, libres del dolor y la enfermedad, y en los que la pobreza, la fatiga o la vejez sólo fuesen un rumor desconocido. Poetas, artistas y sacerdotes, como propagadores de mitos y creadores de leyendas que son, cada uno a su manera y con propósitos diversos, se han encargado desde antiguo de fomentar las imágenes soñadas de la tierra feliz donde la felicidad fuese eterna. Luego, los hombres quisieron hacer realidad sueños e imágenes, visiones y anhelos, y entonces fue cuando surcaron los mares, navegando entre

Marineros en el campamento.
San Borondón. Enero de 1865



las brumas del océano y los celajes del horizonte. Entonces fue cuando en los mapas aparecieron los dibujos de contornos imprecisos, los nombres maravillosos y remotos.

Canarias, como bien sabemos, ha sido en la edad del tiempo uno de esos territorios intactos, asombro de navegantes y visión de iluminados, donde han fecundado los mitos y las leyendas. Jardín de las Hespérides, Campos Elíseos, vestigio de la Atlántida, Islas Afortunadas, Tierra de las Górgades, estancia y paradero de descendientes de Noé, encarnación terrena de las Pléyades estelares... Frente a las sombras y sus abismos, los antiguos quisieron ver en Nuestro Archipiélago la claridad del goce y sus destellos. ¿Qué de extraño

habría, pues, que en sus latitudes, en el extremo de la tierra conocida, germi-
nara otro espejismo con forma de Isla Fantasma?

La leyenda de la isla mágica de San Borondón se hunde en las nieblas de la mitología celta, en el siglo VI, que nos remiten al fabuloso viaje de San Brandán y San Maclovio por el Atlántico. Fue el ermitaño Barinthus quien excitó la imaginación de su primo Brandán al narrarle su arribada a una isla fabulosa en donde estuvo Adán y donde Dios permitía a sus santos seguir viviendo después de la muerte. Así fue como Brandán y Maclovio, acompañados por 14 monjes, zarparon a bordo del velero *Trinidad* en busca de un incierto Paraíso. En su viaje de siete años, entre otras muchas otras islas maravillosas anclaron en una donde San Maclovio resucitó a un gigante muerto, al que bautizaron como Milduo, y de la que salieron huyendo el día de Pascua en medio de un gran estruendo del cielo y temblores de la tierra, viendo en la distancia cómo aquella isla desaparecía bajo las aguas.

También Platón, Teofrasto, Ptolomeo, Torcuato Tasso y tantos otros nos hablaron de geografías prodigiosas y fascinantes, y de una ínsula escurridiza e inasible a la que, en el devenir del tiempo, se le adjudicaron nombres como “Aprósitus”, “Inaccesible”, “Non Trubada” o “Encubierta”. Y, entre los relatores del pasado canario, Núñez de la Peña, Leonardo Torriani, Fray Juan Abreu Galindo y Viera y Clavijo

se ocuparon de los enigmas planteados por la existencia de esa Isla Ballena definitivamente bautizada como San Borondón. En su búsqueda se lanzaron al mar numerosas expediciones, desde la de Fernando, Duque de Viseu, sobrino del Infante Don Enrique el Navegante, de Portugal, en el siglo XV, hasta la del Capitán de mar Gaspar Domínguez, vecino de Santa Cruz de Tenerife, con una balandra llamada *San Telmo*, en 1732.

EDWARD HARVEY

La biografía de Sir Edward Harvey sitúa su nacimiento en Edimburgo en 1840 y su muerte en Londres en 1903. Científico, naturalista y viajero en quien confluyen difuminándose ambigualmente las fronteras de lo real y lo imaginado, el sueño visionario y la certeza de lo constatable, Harvey también sintió la fascinación por San Borondón, legando documentos y vestigios varios de su expedición y estancia en la Isla Fantasma. Dibujos, bocetos, mapas, fotografías, notas y apuntes, además de un *Diario*, dejan constancia del que quiso ser el gran hallazgo de su vida. Cuando intentó dar a conocer su descubrimiento, la comunidad científica sólo vio en él a un demente, afectado por una enfermedad contraída en el que fuera su primer periplo africano. Su muerte en su casa londinense hubo de producirse en el más oscuro de los olvidos, mantenido en el tiempo. Así fue hasta que Ode y Olivera, en las inexplicables sendas del azar y el empeño mítico, recuperaron su mágico legado. *San Borondón: La isla descubierta* es, pues, el magno proyecto que Sir Edward Harvey no pudo ver realizado. Él es la encarnación del espíritu de San Borondón que impregna la muestra exhibida en el Centro de Arte La Recova, en Santa Cruz de Tenerife. De carácter itinerante, el proyecto tiene como sucesivos destinos Las Palmas de Gran Canaria, La Laguna, el Puerto de la Cruz, La Palma y con perspectivas de desplazarse a Madrid y Galicia por el momento.

En la exposición, además de los propios Ode y Olivera, participan los fotógrafos Carlos Schwartz, Isabel Flores, José Ramón Bas y Florentina Fuentes que interpretan creativamente en imágenes el imaginario de la Isla de San Borondón. Sus fotos enriquecen la leyenda, estimulan la imaginación e intensifican el disfrute estético. Igualmente, un libro del mismo título que la muestra, exquisitamente editado por Litografía Trujillo, recoge



todos los elementos que constituyen la exposición, así como diversos textos que esclarecen, amplían, completan y añaden nuevas perspectivas a lo contemplado. Entre esos textos especial interés presenta el *Diario de Edward Harvey*, deliciosa y sugestiva pieza narrativa, recorrida sutilmente por el espíritu de ecos tanto conradianos como borgianos como garciamarquianos, en donde se transcriben las peripecias del naturalista desde su partida de Londres y llegada a Tenerife en 1864 hasta sus vivencias en San Borondón y posterior retorno a la capital británica en 1865. El libro se convierte de esta manera en otro factor esencial que se integra en el proyecto, no siendo un mero catálogo ni un añadido complementario. Del mismo modo, *San Borondón: La isla descubierta* se ha prolongado además en la serie de conferencias impartidas en el Ateneo de La Laguna, en enero de 2005, por Juan Tous, Belén Castro Morales, Juan Francisco Navarro Mederos y yo mismo.

En la realización práctica de este singular proyecto artístico de recreación e interpretación del mito de San Borondón han

participado entidades públicas y privadas como la Caja de Canarias, la Dirección General de Cultura, los ayuntamientos donde se exhibirá la muestra, el Cabildo tinerfeño, el Organismo Autónomo de Museos, el Centro de Fotografía Isla de Tenerife, Litografía Trujillo y CEPESA, y ha contado igualmente con la colaboración de otra extensa relación de instituciones y personas. El empeño vale la pena. Nos desvela ensueños que son patrimonio de la utopía. Nos adentra en un fantástico enigma que nos pertenece y al que pertenecemos.

Y ahora, al dar cuenta de la singladura de esta especial propuesta de aproximación a este mito tan nuestro, sería de desear que fuésemos conscientes, solidariamente conscientes, de que nosotros, nuestras islas, son el San Borondón para muchos que llegan a nuestras costas en busca ya no del mundo idílico de un Paraíso quimérico, sino aferrándose a una última y desesperada oportunidad para sobrevivir. Que nuestra solidaridad sea para ellos un mapa cierto para navegar contra los mares de la muerte.